

Roma, 25 de mayo 2005

¡Que Jesús me guarde a todas las personas que colaboran en la Escuela Universitaria de Enfermería!

Os escribo estas líneas con el deseo de unirme, más aún si cabe, a la celebración de vuestro 50º aniversario, que veníamos conmemorando ya desde el pasado mes de octubre. El próximo 4 de junio, durante el Santo Sacrificio del Altar, con profunda alegría presentaré al Señor de modo especial vuestro trabajo, vuestros buenos deseos y las intenciones santas que deben mover todo vuestro obrar.

Tengo tantos recuerdos de cómo nuestro Padre pensó en esta Escuela (con mayúscula), y cuánto rezó por vosotras: por las que fueron las pioneras, por las que estáis ahora, por las que vendrán a lo largo de los siglos. Sabía que sois elemento principalísimo en la Universidad y en la Clínica, y por eso rogaba al Señor por vuestro trabajo, por vuestras intenciones, por vuestras personas, por vuestra acción como profesionales, por vuestra labor con una clara impronta cristiana. Soñó con lo que ahora veis, y con lo que se hará, contando con vuestra fidelidad espiritual y humana. Rezaba también por vuestra alegría, que debe ser contagiosa, para que los pacientes y las familias entiendan mejor el sentido sobrenatural del dolor. Añadiría más cosas, y no terminaría. A todos estos planes, se unió el queridísimo don Álvaro. Acudid a la intercesión de los dos, y también de tanta gente que ha llegado al Cielo, y no olvida el cariño y los cuidados recibidos en la Clínica. ¡Sed muy apostólicas!

Esta efeméride nos permite echar una mirada a la tarea realizada a lo largo del medio siglo transcurrido: dad gracias a la Trinidad Santísima, porque los esfuerzos llevados a cabo por quienes os han precedido, y los vuestros, han cuajado en frutos abundantes, en las alumnas y en tantas personas —directivos, profesores, personal no docente y familias— que se benefician de la Escuela.

La profesión que realizáis, apasionante desde el punto de vista humano y cristiano, se fundamenta, quizá de un modo más patente, en el servicio a los demás; espíritu que ha de iluminar cualquier actividad de los hombres y que,

en vuestro caso, adquiere una importancia y un relieve sin parangón, puesto que el objeto de vuestro quehacer es la persona —precisamente cuando requiere cuidados particulares—, que merece ser tratada con el respeto y la dedicación que exigen su altísima dignidad de hija de Dios.

Por eso mismo, habéis de esforzaros, más cada día, por conseguir una formación integral, que os aporte los recursos necesarios para desarrollar esa labor de primordial importancia para la sociedad, al más alto nivel: junto a la adecuada preparación científica, un sólido conocimiento de las verdades de fe, que permita dar razones de esas creencias y aplicarlas a todas las circunstancias de la vida: protección del ser humano en todas sus fases de desarrollo, sentido redentor del dolor, etc. ¡Sueño con todo el bien que podéis hacer en Navarra, España y el mundo entero!

Con el ruego de que recéis por mis intenciones y por mí, os bendigo de todo corazón

in Domino

+ *J. Qui*